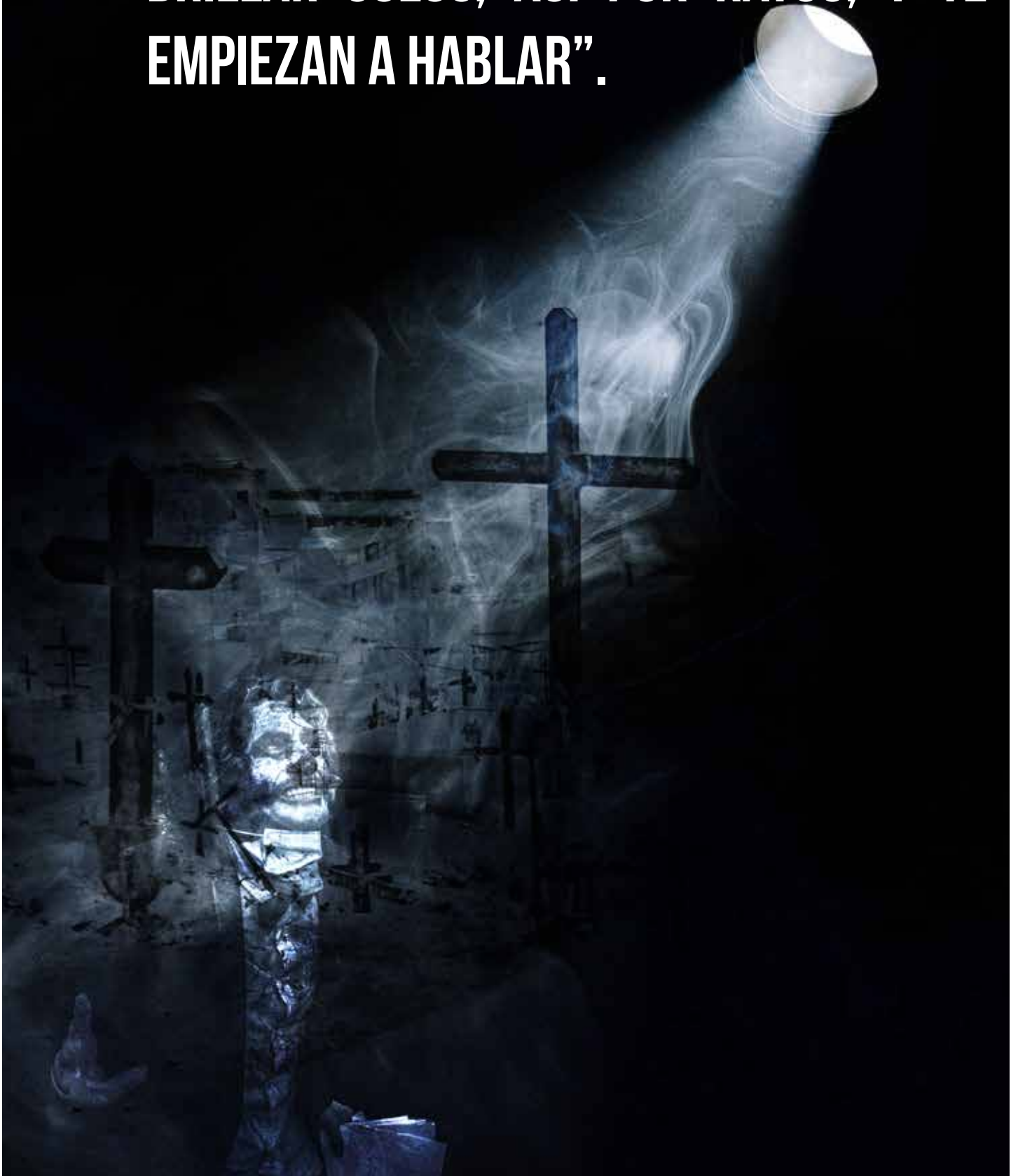


**“PERO LO PEOR NO ES CUANDO HAY APAGÓN,
SINO CUANDO LOS FOCOS EMPIEZAN A
BRILLAR SOLOS, ASÍ POR RATOS, Y TE
EMPIEZAN A HABLAR”.**



El resplandor de la bestia

por Diego Cebreros Tamayo

Justina estaba en la sala, y escuchaba las pantuflas de la señora rechinar en la amplia sala de la casa de playa. “Ya venimos, Justina. Vamos a la fiesta con el alcalde. Hay comida en la microondas y no dejes que el niño salga. Es peligroso fuera de la residencial”. “¿Segura que me tengo que quedar, señora? Ya el niño está grande ya”, intentó Justina por última vez. “Sí, mejor, porque va a haber apagón en toda Cañete y la gente va a salir a quejarse. Después te pagamos hora extra”. “Ya, señora”, suspiró. Los señores salieron y Justina vio el reloj. Eran las 6:40 pm. El sol se estaba poniendo y la sala dejaba de resplandecer con el sol. Prendió las luces de la sala, pero no creyó que estas parpadearan con el apagón. Se agitó un poco y subió al cuarto de Sergio.

“Dice Tomás que nos va a avisar”, escribió Emmalyn en la pantalla del celular de Sergio. “Se verán hermosas las estrellas en su terraza. Anda pensando en tu historia de terror”. Sergio no respondió su mensaje. Aún le dolía el rostro después de los pelotazos en la cancha de tenis con Tomás. Habían pasado ocho meses desde que salieron de Lima

por la pandemia y aún no encontraba nada en lo que fuera bueno. En eso, entró Justina a su cuarto. “¿Qué anda haciendo, joven Sergio?”, preguntó Justina mientras botaba los pañuelos sucios junto a la computadora. Vio que la habitación aún tenía algo del resplandor naranja del sol. “¿Ya se fueron mis papás?”, preguntó Sergio. “Ya deben de estar ya con el alcalde. Aquicito nomás es, se habrán ido caminando nomás”. Pero Sergio no dijo nada. “Tantas cosas que hay por hacer acá”, continuó Justina mientras recogía la ropa al pie de la cama. “Más tarde con sus amigos seguro va a salir”. “Justina, cuéntame la historia de nuevo”, dijo Sergio de pronto. “Me gusta cómo la cuentas tú”. “Ay, joven”, suspiró Justina, mientras miraba por la ventana. El sol ya casi se ocultaba. “Su mamá me ha prohibido que ande contando esas cosas”. “Dale pues, Justina”, exclamó Sergio. “Me cuentas y te prometo que ya no tapo el wáter como la otra vez”. Justina esbozó una sonrisa fingida. “Vamos a hacer una cosa. Yo tengo que ir un ratito aquí nomás a mi casa en Coayllo. Yo le cuento ahorita la historia y usted me lleva un ratito en la camioneta. Vamos y venimos nomás”. “Ya, pero

luego tengo que ir a casa de Tomás. Nos vamos a reunir en su terraza junto a la fogata. Vamos a contar...”. “Ya, joven Sergio”, interrumpió levemente Justina, y con un ademán de la cabeza le indicó que lo siguiera al baño. Ella prendió la luz, donde el foco, sobre el espejo, era como el de su casa y podría ver si este parpadeara. “Pero me vas contando en el camino, si quieres”. “No joven”, dijo Justina. “Así no se cuenta la historia”. “Ah ya...”, dijo Sergio.

Justina se puso detrás de Sergio, que miraba al espejo y escuchaba vibrar el alambre del foco. Algo le había dicho Justina sobre los alambres, y podría usarlo en su historia. Ella tomó sus hombros y, con los ojos fijos en el foco, comenzó. “Acá en las casas lujosas los focos siempre están que brillan. Se malogra uno y ya lo cambian nomás. Pero allá en Coayllo es diferente. En Coayllo siempre hay apagones y por eso la gente está que se queja con el alcalde. Todo oscuro se pone y bien peligroso es. Pero lo peor no es cuando hay apagón, sino cuando los focos empiezan a brillar solos, así por ratos, y te empiezan a hablar. Ahora tu foco está quietito nomás, y el alambre no

Diego Cebreros Tamayo (1988) es bachiller y candidato a magister en Literatura Hispanoamericana por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se ha dedicado a labores de edición en instituciones educativas y de investigación académica, como también ha ejercido la docencia en la universidad Antonio Ruiz de Montoya. Actualmente prepara su tesis de maestría y se dedica a la investigación en forma independiente.

dice nada, solo hace su ruidito así despacito. Pero cuando hay apagón y así brilla por ratos, te dice tu foco que ya va a venir la bestia. Y brilla igualito así que se apaga y se prende. Primero tres veces, luego tres veces, luego dos veces y dos veces más rápido y dos veces más. Así sabes que viene la bestia y que te tienes que esconder”. “¿Y cómo es la bestia, Justina?”, preguntó Sergio. Notaba que Justina temblaba y le pareció muy convincente. “Nadie sabe cómo es porque se aparece de noche pues, cuando todo está oscuro. Pero a la señora del mercado a su hijo ques dirigente dice que lo atacó la bestia. Así le mató a su esposa y su hijita y pensó que a él también, pero el hijo vivió y le contó que no se veía porque la bestia brillaba. Dice que tenía varios brazos y que olía como a químico, como a gasolina que pones en tu carro, pero nunca nadie le ha podido ver. A varios así ha matado y el alcalde nada hace. Y ya poca gente se queja tampoco”. “¿Y cómo te proteges de la bestia?”, preguntó Sergio. Sentía cómo sollozaba Justina y quiso intentar ese efecto con Emmalyn. “¿Y por qué no simplemente sacan el foco cuando empieza a brillar?”. “Igualito viene, joven. Tienes que esconderte con tus vecinos nomás. Yo he escuchado cómo se arrastra en la noche por las casas. De las iglesias rotas de la plaza así viene, todas sus partes negras se juntan y se trepa a los techos y tú sientes que están pisando fuerte la calamina. Pero igualito nadie le quiere ver. Solo cuando te ataca al pie del cerro es que brilla y escuchas a la gente gritar pero nadie te ayud...”.

En eso, todo se oscureció. Justina esperó unos segundos, con los ojos fijos en el foco, pero no pasó nada. “Ya empezó el apagón”, dijo Sergio, mientras volvía a su cama y tomaba el celular. “Justina, dice Tomás que ya debo ir a su casa. Te llevo al toque y regresamos. No creo que nos

demoremos mucho tiem...”. Pero Justina gritó, una mezcla de grito y jadeo, mientras Sergio veía el foco del baño parpadear. Le pareció que eran tres veces, tres veces más; luego dos veces, dos veces más rápido y dos veces. “Oye bravazo, ¿cómo estás haciendo?”. “¡Vámonos, joven!”, gritó Justina. “Lléveme a mi casa, por favor”. “Ya, tranquila, vamos rápido”. Sergio guardó su celular y se puso la mascarilla pero, al pie de la puerta, entrevió que Justina parecía acercarse su oído al foco. Luego salieron de la casa.

Mientras caminaban por el sendero de madera que rodeaba la casa de playa hasta llegar a la cochera, Sergio se entretuvo con su sombra, proyectada por la luna en medio de la oscuridad. Al lado estaba la casa de Tomás. Todo estaba oscuro, pero se escuchaban risas. Ese día, más temprano, también los había escuchado reírse. Después del partido de tenis, Tomás no dejó de llamar ‘Fergio’ a Sergio, con una voz impostada y afeminada que motivó las carcajadas de todos. Su rostro le dolía por los pelotazos que le tiró, pero a nadie parecía importarle. Más tarde, cuando Sebastián Arredondo le bajó la ropa de baño mientras competían en la piscina comunitaria, con el rostro aun doliéndole y frente a la risa de Emmalyn, comprendió que era su culpa. Todos eran buenos en algo, en el tenis, en natación o en hacer reír a los demás. Incluso Justina se destacaba con sus historias de terror, que contaba como si fueran de verdad, mientras él se pasaba todo el día en la computadora, en su cuarto, bajo las órdenes de su madre. Iba a abrir la puerta del auto cuando escuchó más risas y, al dirigir su mirada a la casa de Tomás, se estremeció. El cielo estaba repleto de estrellas, todo el cielo, por todas partes. Vio estrellas de todo tipo y de diferentes formas y, en medio del cielo, todas las tonalidades de la Vía

Láctea que iban más allá de las casas idénticas de su condominio y de las rejas que separaban Asia de todo Cañete. “¡Jóven, por favor ya vámonos!”, exclamó Justina, que trataba de abrir la puerta de la camioneta. “Justina, ¿en Coayllo se pueden ver las estrellas?”. “¡No sé, joven, vámonos!”. Sergio presionó el pulgar en la placa del manubrio, la camioneta se encendió y ambos partieron.

En medio de la oscuridad, avanzaban por un sendero estrecho, con cerros a cada lado de la carretera. De vez en cuando se veían explañadas con invasiones, casas simples con techos de calamina iluminadas por velas. Luego el sendero se perdía de nuevo entre los cerros y solo se veían un par de metros de carretera iluminados por la camioneta. Era el mundo que su madre siempre le ocultaba, donde viven los “mounstrous” que se oponen al progreso. Al lado de Sergio, Justina se desesperaba y parecía estar rezando. “¿Has visto las estrellas, Justina? Se ven increíbles”. “Solo lléveme a mi casa, joven”. “Oye, no te pongas así. Mejor sígueme contando la historia. ¿La bestia se ha llevado a mucha gente?”. “¡Ay, no diga, joven!”, gritó Justina. Ella pegaba su rostro a la ventana, tratado de ver en la oscuridad. Pero Sergio solo miraba la carretera iluminada por los faros. “Seguro también vemos las iglesias derruidas de donde sale la bestia. Pero no entiendo, ¿dices que tiene varias partes y que luego se juntan? ¿O sea que esas partes salen de varias iglesias así?”. Pero Justina no respondía. Sergio la escuchaba sollozar mientras, de vez en cuando, buscaba ver las estrellas entre los cerros. “Justina, ¿por qué tienes que regresar a tu casa? ¿Tienes que recoger algo?”. “El foco de mi casa lo tengo que ver. A ver si no está brillando. A ver si no me tengo que esconder con los vecinos en sus casas”. Sergio se rio un rato por su respuesta y, cuando Justina no res-

pondió, se quedó en silencio un momento, pensando en lo que le dijo. Luego preguntó: “¿Tienes miedo de que la bestia te ataque? Si es así, te hubieras quedado en la casa. Todo está vigilado y hay mucha seguridad”. “¿Cómo me voy a quedar en tu casa si ahí es donde ha brillado tu foco?”, respondió Justina, extrañada. Y luego, con la mirada perdida, dijo: “Eso es lo que me ha dicho tu foco con su alambre, que solo me puedo esconder en Coayllo”.

Empezaron a avanzar por un sendero oscuro al pie de un cerro, con árboles a la derecha, y Justina le dijo que se detenga. Ambos bajaron de la camioneta y Sergio vio varias casas de triplay, construidas de cualquier forma en la ladera del cerro. Una larga escalera se extendía hasta la cima y conectaba varias casas. “¡Jóven, usted mejor regrésese a su casa que es peligroso!”, le gritó Justina a Sergio mientras ella se acercaba a la escalera. Y ella tenía razón. El sendero solo estaba iluminado por la luna y entre las casas de triplay se formaban sombras como las que componían a la bestia, llenas de basura y desperdicios. En las casas nadie se reía porque seguro estaban asustados, esperando si la bestia ro-

zaba sus techos de calamina en busca de una nueva víctima; igual que Justina, que empujaba a Sergio hacia la camioneta mientras él avanzaba por la escalera, viendo y registrando cada detalle para su historia. El miedo no les dejaba ver más allá de sus invasiones y sus creencias cojudas, pero él sí podía ver. Él sí se daba cuenta de las sombras de la luna, del olor de las casas de triplay y de las estrellas que borraban los límites de su mamá. No como Justina, que lo jalaba de brazo; o como Sebastián, o como Tomás. Tenía todo lo que necesitaba ahí, afuera, y les iba a dar una lección. Sergio estaba al pie de las escaleras, mientras Justina lo empujaba con los ojos llenos de lágrimas, cuando todo se iluminó y se encontraron con la bestia.

Era como Justina la había descrito, pero nunca dijo que el resplandor de la bestia podía quemarle los ojos. Por eso nadie podía verla. Con unos brazos, que debieron surgir de varios lados, inmovilizó a Sergio y a Justina y, con los demás, empezó a matarlos a golpes. Justina tampoco le dijo que la bestia nunca atacaba de frente las partes vitales de sus presas, como el cuello o el esternón; sino todo el cuerpo, muy lentamente.

te. Eran golpes duros y secos y hacían que sus rostros se aplastaran contra la tierra que los raspaba hasta hacerlos sangrar. Sergio escuchó los gritos de Justina hasta que estos se fueron apagando poco a poco y, a medida que iba perdiendo la conciencia, le pareció que los golpes de la bestia eran una especie de bendición. Ya casi no sentía dolor ni escuchaba nada. Aún veía el resplandor de la bestia por debajo de los párpados, con un tono entre rosado y naranja, y se sintió ligeramente aliviado por no tener que ir a la casa de Tomás.

Una camioneta de la policía se había estacionado junto a la de Sergio y dos efectivos iban subiendo los cadáveres. Aún no era de día, pero ya se escuchaban los pájaros de la madrugada. “¿Qué crees que haya sido?”, preguntó el oficial Ramírez. “¿Los matones del alcalde?”. “No digas estupideces”, respondió el oficial Lavalle. “Seguro el pituquito se quiso culear a la empleada y les quisieron robar”. Ambos entraron en la camioneta e informaron a la central del traslado de los cuerpos. “De repente fue la bestia la que los atacó”. “Es lo más probable”, respondió el oficial Lavalle.

